

El procurador no tiene idea. El jefe de la policía asegura que no hubo excesos. ¿Y la enfermera que por unas horas fue asesina de ancianos gracias a esa ausencia de ideas y al desorden policiaco?

Liberan a enfermera confundida con una asesina serial; Bátiz y Ebrard se justifican

□ El procurador dice “no tener idea” de quién hizo el retrato hablado □ Niega el jefe de la policía que se haya incurrido en excesos contra la mujer exhibida

MIRNA SERVIN VEGA

34

El plan migratorio de Bush, “promesa vacía”: AFL-CIO; la Iglesia lo reprueba

DAVID BROOKS, CORRESPONSAL

29 y 30

HOY

masiosare
La Jornada
semanal

NÉSTOR DE BUEN	18
GUILLERMO ALMEYRA	18
ANTONIO GERSHENSON	19
ROLANDO CORDERA CAMPOS	19
JOSÉ ANTONIO ROJAS NIETO	23
ANGELES GONZÁLEZ GAMIO	36
CARLOS MONTEMAYOR	3a
ARMANDO JIMÉNEZ	4a
CARLOS BONFIL	4a
BÁRBARA JACOBS	5a

OPINIÓN

Recorte y gane:
19 aniversario de
La Jornada



Semana A-18

Cupón válido para la promoción de
Diccionarios LAROUSSE.
* ÚLTIMA SEMANA

MAR DE HISTORIAS En el desierto

■ CRISTINA PACHECO

Llevo ocho años en este figón. Mucho antes de que yo llegara, Maurilio tuvo la ocurrencia de llamarlo “Desert Inn”. Según él, así iba a parecerles más atractivo a los clientes. El gasto que hizo en el anuncio fue un vil desperdicio. Los que aterrizan en este tragadero entrarían aunque no tuviese nombre: no hay otro más barato y desde las ventanas se ve la carretera.

El hecho de que sea mujer de Maurilio no me hace dueña del negocio. De otro modo, le habría puesto “Infierno”. Le cuadra más al ambientito y a la facha de los clientes: todos parecen condenados. Me basta una ojeada para notarles el miedo, la incertidumbre, la angustia, el arrepentimiento. Cuando los miro siento curiosidad por saber si me veía como ellos la noche en que entré aquí.

Desde la mañana, Goyo me había dejado en la estación para buscar a un conocido que iba a pasarnos a San Diego. Estuve horas sentada en mi maleta, aguantándome el calor, el hambre, la inquietud de no tener un centavo ni para maldita la cosa.

A las quinientas me decidí a ir al baño. Le pregunté a un barrendero dónde quedaba. Cuando salí me dio un consejo: “¿Por qué no come algo antes de que se desmaye?” Enseguida le agarré confianza: “Estoy esperando a mi marido. Ya no ha de tardar. Si viene y no me encuentra...” El hombre —delgado, oscuro, chmuelo— se metió la mano a la bolsa del overol y me entregó un billete: “Es préstamo, que conste. En la otra cuadra está el Desert Inn. Echese un taco”.

Le dije que, como mi esposo guardaba nuestro dinero, en cuanto él regresara yo volvería a pagar el préstamo. Para más seguridad le describí a Goyo: “Es altito, moreno, de cejas muy tupidas”. Levantó la mano: “Ahí párale. Con eso ya me figuro la clase de hombre que es su marido. Si llega, le aviso dónde encontrarla”.

No me costó trabajo dar con el Desert Inn. Me senté en la única mesa desocupada, cerca de la cocina. Pedí nomás una coca. El mesero —entonces no sabía que lo conocen por Chófor— me preguntó si iba a ser todo. Le respondí muy segura: “Nomás que llegue mi esposo, comemos”. Sonrió de ladito.

Cuando Goyo entró me paré a recibirlo: “¿Cómo diste conmigo?” Cosa rara, se puso galante: “¿No lo sabes, flaca? Te siento, te huelo. ¿Qué le parece mi mujer, amigo?” Se dirigía a un tipo chaparro, de ojos verdes y camisa roja a cuadros. Me barrió con la mirada antes de responder: “Con todo respeto, muy

fina la dama”.

Goyo decidió que nos cambiáramos a un gabinete: así le decimos a la mesa con dos bancas. Ordenó cervezas. Cuando Maurilio, el dueño del lugar, llegó con el pedido, Benny —el de la camisa a cuadros— pidió la especialidad: quesadillas de camarón. No las disfruté. Me molestaba la presencia del extraño. Le pregunté a Goyo cuándo íbamos a pasar del otro lado. Lo sentí raro cuando me dijo: “Aquí nuestro amigo dice que la situación está dura y más si queremos cruzar los dos al mismo tiempo”.

Puse cara de perro apaleado. Benny sonrió: “No se mortifique, hay solución si usted está de acuerdo en que su señor se vaya por delante”. Me espanté: “¿Y quedarme sola? Pero si no conozco a nadie”. Goyo me habló al oído: “Se lo expliqué a Benny y también puede arreglar ese problema: sus primas viven aquí y rentan piezas. Quédate ahí”. Quise saber por cuánto tiempo. Benny respondió: “Esa es la bronca: como puede ser una semana pueden ser dos. Si quieren, los dejo para que hablen; pero decídanse pronto. Más tardesito hay un chance de pasar”.

En cuanto nos quedamos solos Goyo me besó y quiso acariciarme el pecho. Le dije que se estuviera quieto porque la gente nos veía. “¿Qué le hace! Tengo que llevarme un adelanto para poder aguantarme las ganas mientras volvemos a vernos”. Entendí que Goyo esta-

ba de acuerdo con Benny. Le reclamé que no me hubiera tomado en cuenta: “Por seguirte, dejé a mi marido y ahora me botas a la vuelta de la esquina”.

Goyo se dio cuenta de que todos nos veían. Muy dulce me pidió bajar la voz mientras que por debajo de la mesa me apretaba la pierna. El dolor me hizo gritar. Maurilio se acercó: “¿Pasa algo?” Goyo respondió: “Estamos jugando, pero mi flaca es bien cosquilluda”. Lloré de vergüenza. Maurilio ordenó a su empleado: “Chóforo: ¡la cuenta de la siete!”

Goyo me reclamó: “¿Viste? Por tu culpa nos están corriendo”. Me levantó del brazo pero me zafé y le hice una advertencia: “O pasamos juntos al otro lado o me regreso a San Luis”. La gente dejó de comer para mirarnos y Goyo se encrespó: “¿Ah, sí? Nomás dime con qué pagarás el boleto, porque lo que es yo no pienso darte ni un quinto”. Escuche risas.

Goyo salió. No me atreví a seguirlo. Me quedé quieta, muy digna, con la esperanza de que regresara. Sin él me sentía perdida, atorada como un puerco en el lodo. No vi en qué momento se acercó Maurilio. Pensé que iba a pedirme el lugar y me levanté: “No se apure, ahorita le desocupo la mesa”.

Agarré mi maleta, decidida a irme. En una de esas encontraba a Goyo esperándome en alguna esquina o en la estación. Recordé mi deuda con el barrendero y apenas alcancé a comprender lo que Maurilio me preguntaba: “¿Quién te va a bajar? Tengo un chingo de platos sucios”.

CUBA Y ALCA, INTERROGANTES EN MONTERREY



La alusión a esos temas en la declaración final de la Cumbre de las Américas fue dejada para la negociación de último momento, una vez que prácticamente quedó listo el texto sobre los compromisos de los gobernantes. En la imagen, la cerca que protege la sede del acto

20 a 22